

Conmovido el conde esta vez hasta el extremo, estrechó convulsivamente contra su pecho á su hija querida, que se deshacía en llanto.

Volviéndose despues hácia su mujer, con tono dule y clemente sonrisa, le dijo :

— Tengo dos hijas, señora, y no he abrazado mas que á una; abrazad vos á la otra de mi parte.

XL

MEMENTO QUIA PULVIS ES.

El coche habia partido ya con un ruido sordo, y la puerta cochera habia vuelto á cerrarse, y Cipriana y madama de Puysaie permanecian todavia como estáticas y absorbidas por aquellos ruidos que habian resonado en lo mas profundo de sus corazones y hecho vibrar todas las fibras de sus almas.

Arrojáronse en los brazos la una de la otra, y en medio de aquella efusion, la pobre mujer que se sentia culpable de la inmensa desgracia que ocurría y en la que tal vez iba á hallarse envuelta Cipriana, volvió á encontrar la fuente de sus lágrimas.

En seguida se trasladaron al cuarto de la baronesa de Matifay, y tristes, silenciosas, sentadas una en frente de otra pero sin atreverse á mirarse cara á cara por temor de prorrumpir en sollozos desesperados, se prepararon á pasar aquella terrible velada, á la que debia poner fin el anuncio de la muerte de un hombre.

Al lado, en un cuartito adornado con colgaduras blancas y de color de rosa, y envuelta entre las colgaduras de muselina de su lecho como en una vaporosa nube, estaba durmiendo Liliás, bien agena de pensar que en aquel dia iba á quedar huérfana.

Madama de Puysaie estuvo contemplando largo rato aquel sueño puro é inocente.

Cipriana habia acompañado á su madre, é inclinadas las dos á cada lado de la cabecera del lecho, parecian los ángeles guardianes del sueño de la niña.

Madama de Puysaie la miraba tristemente, y en aquellas miradas parecia como que le decia :

— Llegará un dia en que tú tambien tendrás que pasar por rudas pruebas, en que sufrirás como yo he sufrido; entonces ven á mí : Yo soy la Resignacion.

Y Cipriana, cuyos ojos, á pesar de las lágrimas de que estaban inundados, habian conservado cierto reflejo de la sonrisa con que antes estaban animados, semejante á un rayo de luz interceptado por la lluvia, parecia decirle por su parte :

— No hay tristeza que no sea seguida por una alegría; no

hay dolor que no tenga consuelo; invócame cuando tu corazon se halle destrozado : Yo soy la Esperanza.

Las dos mujeres, y podria decir las dos madres de Liliás, se habian puesto de acuerdo tácitamente y asociado para hacer mas llevaderas las futuras aflicciones de la pobre criatura.

Era menester que sus padecimientos no fuesen estériles, y que Liliás fuese dichosa, en cambio de todo lo que ellas habian sufrido por su causa.

La niña abrió sus grandes ojos azules y se sonrió al ver á su «madrecita», y despues se volvió con aire asombrado hácia aquella señora enlutada que apenas conocia, y á la que Cipriana llamaba su madre.

Ya era de dia claro.

Liliás se estiró indolentemente, y frotándose los ojos, aun cargados de sueño, con sus manecitas sonrosadas, preguntó :

— ¿Es muy tarde?

— Es menester levantarse, Liliás, le respondió Cipriana dulcemente : hoy es el miécoles de Ceniza.

Las dos mujeres empezaron á ocuparse del vestido de la niña; pero su traje, tan alegre y elegante de ordinario, aquel dia fué muy sério y grave.

Porque en efecto, aquel dia, en aquella misma mañana, cualquiera que fuese el resultado del combate, ¿no debia perder un padre? ¿su padre natural y verdadero, ó su padre adoptivo?

Y ¿cuál de estos dos padres seria el que, al morir, la dejaria mas huérfana?

Por fuera habia una niebla espesa que envolvia todos los objetos en un manto de tristeza.

Las calles estaban desiertas.

De vez en cuando se veía alguna que otra máscara rezagada; á uno representando la locura haciendo sonar sus casabeles con un sonido lúgubre, ó algun otro imitando un descargador de barcos, dando diente con diente, y envuelto en una manta.

Las dos mujeres y la niña atravesaron á pié los Campos Eliseos, y subieron por la calle de la Magdalena.

La iglesia, que acababa de abrirse, estaba casi desierta, y un sacerdote celebraba el santo sacrificio de la misa, al que asistian una docena de personas, en uno de los altares laterales del templo.

Madama de Puysaie, Cipriana y Liliás se fueron á colocar en uno de los ángulos mas oscuros de la capilla.

— Escucha, Liliás, dijo Cipriana al oido de la niña. Es menester rezar hoy mucho.

Y la señora vestida de negro añadió :

— Y pedir á Dios por los que están en peligro de muerte.

En la iglesia reinaba el mayor silencio, y no se oía mas que el místico murmullo del oficiante.

Las pálidas luces de las velas oscilaban como si fuesen á extinguirse. Los ornamentos negros del altar y la casulla enlutada del sacerdote, parecia todo premeditado para producir y mantener una espantosa ilusion.

Se habria dicho que se celebraba una misa de *Requiem*.

Luego que se acabó la misa, el celebrante, que era un anciano de fisonomía ascética, una imágen viva de la austeridad cristiana y del despego de las cosas del mundo, tomando entre sus dedos la ceniza consagrada, trazaba con ella la señal emblemática de la cruz sobre la frente de los fieles arrodillados delante de la balaustrada del altar, diciéndoles al mismo tiempo el terrible *Memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris*.

— ¡Oh! si, polvo, y nada mas que polvo grosero, murmuró despacito madama de Puysaie, pensando en aquellos dos hombres que llenos ayer de vida, jóvenes, robustos, se hallaban tal vez en este momento tendidos por tierra y sin vida.

Aun cuando Liliás estaba ignorante y no podia comprender el peligro que corrian aquellos dos hombres á quienes su deber le imponia el amarlos, la solemnidad lúgubre de la ceremonia y el tono con que acababan de decirle : « Es menester rogar por los que están en peligro de muerte », así como la media oscuridad que reinaba en la iglesia vacía, y el grave recitado del sacerdote, todas estas cosas la impresionaron vivamente, á pesar suyo, y se sintió sobrecogida de un respeto que se asemejaba al terror.

Así las tres mujeres oraban con una ferviente devocion y con una confianza sin limites en los juicios y en la misericordia de Dios.

En aquella misma hora otra oracion no menos ardiente y sincera se dirigia al cielo :

La de la condesa de Monte-Cristo.

Pero esta no era una oracion de tristeza; era un himno de accion de gracias.

Elena habia vuelto á encontrar á su hija. ¡La Pippione era su hija!

¿Qué le quedaba ya que pedir ahora? Nada. Aquella dicha inmensa recompensaba con exceso todas sus penas y tribulaciones pasadas.

De buena gana habria abandonado los proyectos de venganza que, en un momento de exasperacion, se habia propuesto proseguir.

¿Qué le importaba ya que hubiese en el mundo viboras venenosas, hombres perversos? Ella se habia elevado á una altura á donde no podian alcanzarla los gritos de una impotente rabia. Como María triunfando de la serpiente, ella podia marchar con los piés desnudos sobre las viboras, sin temor de ser mordida por ellas.

Matifay, Gigant, Toimon, ¿qué eran para ella estos tres miserables?

¿Por qué no los dejaria podrirse en su propio fango, y emponzoñarse con su propio veneno?

Ya les llegaria su hora; ¿para qué adelantársela? Habian sido señalados en su frente con el dedo del ángel exterminador, como las casas de los egipcios malditos. ¿Para qué hacerse el ejecutor de la justicia del cielo?

¡Su hija!

¿Qué mágico poder deben contener estas dos palabras para hacer vibrar todas las fibras de aquel corazon inerte? ¿Qué talisman de amor habia podido trasformar en un dia,

en una hora, en un momento, aquella alma muerta y petrificada, en un alma viva; hacer brillar como luceros aquellos ojos inertes, volver el colorido á sus mejillas pálidas, y hacer revivir la esperanza en un alma que la habia perdido?

¡Su hija!

Elena no se cansaba de repetir estas palabras que habian resonado tantas veces en el fondo de su corazon, durante sus angustiosas soledades. Estas palabras eran, en otro tiempo, la mas amarga de sus quejas; y hoy, elevando sus manos al cielo, eran un cántico de gracias mezclado con las dulces lágrimas de agradecimiento.

Memento quia pulvis es.

¡Pobre mujer! Las dolorosas pruebas que habia sufrido no le habian enseñado nada. Habia olvidado que toda alegría tiene por contrapeso una desgracia, y que toda luz hace sombra.

Empeñada en perseguir con encarnizamiento ese fantasma que se llama la dicha, creia haberlo cogido al fin, y que ya no se le escaparia en adelante.

Lo creia en el instante mismo en que iba, tal vez, á desvanecerse en humo, y á no dejar entre sus brazos tendidos mas que el vacío.

Id, pobre madre, id á postraros al lado de Cipriana, de Hortensia y de Liliás. La alegría es tambien un orgullo, y aquel dia era dia de humildad.

Inclinad vuestra frente; haced que sea vuestro agradecimiento mas sumiso, y doblad vuestra cerviz á la cruz mística.

En medio de la embriaguez de dicha de que estais poseida, no olvideis las condiciones de la naturaleza humana de que estais revestida, y sois esclava; no deis solamente gracias al Señor, sino pedidle tambien que no retire su mano de vos.

¡Ay! las alegrías de este mundo se asemejan á esos frutos malditos que se encuentran, segun dicen, en las orillas del lago Asfáltico. Manzana sonrosada por fuera, y ceniza por dentro.

Et in pulverem reverteris.

XLI

EL DUELO.

El alba empezaba á nacer.

Un alba pálida, parda, fria.

Dos coches subian lentamente la cuesta del bosque de Meudon llamada «el empedrado de Trivaux.»

Al llegar á la cumbre, los carruajes se pararon, y cuatro hombres saltaron á tierra. Eran Loredano y M. José de la Cruz, el coronel Fritz y el doctor Toimon.

Se mostraban serenos y frios, excepto el doctor Toimon,

cuyas piernas le temblaban chocándose una con otra, y apenas podían sostenerle.

Los dos grupos se saludaron de lejos, y después M. José se adelantó.

El doctor Toinon hizo otro tanto, y los dos padrinos conferenciaron solos algunos momentos; en seguida, el doctor se dirigió hacia donde estaban los coches, é indicó á los cocheros las calles del bosque en donde debían esperar.

Hecho esto, los cuatro hombres continuaron á pié en dirección de las espesuras del bosque que están á la izquierda del camino.

M. José dirigía la marcha; iba agarrado al brazo del conde, y en la otra mano llevaba una caja de pistolas.

El paisaje, tan lozano y encantador en medio del mes de abril, tenía aquella mañana un aspecto triste, y hacia nacer pensamientos melancólicos.

A la derecha se extendía la llanura inmensa, cubierta por la niebla como con una capa de nieve sucia; á la izquierda, los árboles, apenas cubiertos de follaje, alzaban hacia el cielo sus ramas descarnadas, semejantes á los brazos de gigantes esqueletos.

Los cuatro hombres se metieron en la espesura y caminaron durante algun tiempo por debajo de la bóveda formada por los castaños. El suelo estaba húmedo y cubierto de una espesa capa de hojas caídas, y los pasos de los caminantes se ensordecían en este tapiz verde y esponjoso.

Aquel paseo, mudo como un paseo de espectros, era horrible.

En fin, el horizonte se fué aclarando, el enramado se hizo menos espeso, y los cuatro paseantes mudos se encontraron en una alturita casi desprovista de árboles.

Este era el sitio designado.

En aquel momento empezaba á elevarse el sol en el horizonte, presentando el aspecto de una bala de cañon enrojecida.

— ¡Pardiez! dijo el conde á M. José, habeis elegido el sitio mas á propósito para morir.

Y con su mano señaló circularmente el paisaje.

Hallábanse en la cresta de una loma muy elevada, y la niebla no llegaba hasta aquella altura. Debajo cubría la copa de los árboles con un velo vaporoso, á través del cual parecían sus troncos y follaje semejantes á un islote en medio de un lago inmenso.

A la derecha se divisaba confusamente la forma del palacio; por los otros lados no se divisaba mas que el bosque, en cuanto la vista podía extenderse.

En aquel estrecho y cerrado palenque, alfombrado con helechos, cuyas flores sonrosadas, marchitas ahora por las heladas del invierno, habían cambiado aquel color por un morado oscuro, y en donde algunos raquíticos abedules balanceaban sus flexibles ramas, como si fuesen un enjambre de abejas, y en donde se veían todavía algunas hojas secas y amarillentas, vestigios melancólicos de la vegetación del año precedente, era en donde se iba á jugar la vida de dos hombres.

El sitio en si mismo no tenía un aspecto muy siniestro, y

muchos enamorados quizá, con túnicas de terciopelo, con faldas de organdina, habían venido á sentarse en aquel sitio, alegres, risueños, cantando y diciéndose mil requiebros.

Y allí mismo era en donde, dentro de algunos minutos, la sangre de un hombre vendría á enrojecer con sus tintes el musgo y las violetas silvestres.

Memento, memento quia pulvis es.

El coronel y Toinon no tardaron en llegar á aquel sitio. Toinon estaba muy encendido, el coronel muy pálido.

Adelantándose hacia el conde, muy admirado de verle dar este paso, y con una turbación visible, le dijo:

— Señor conde, ¿creeis que yo sea un cobarde?

— No, respondió con aspereza M. de Puysaie. Si os hubiese tenido en tal concepto, habría buscado otros medios para hacerlos venir aquí, y confieso que os habeis puesto á mi disposición con la mejor voluntad.

— Entonces, continuó el coronel Fritz con voz que se hacia cada vez dificultosa y tartamuda, no interpreteis de otro modo que como debe serlo el paso que doy en este momento.

Volviéndose el conde desdeñosamente hacia M. José, le dijo:

— José, cargad las pistolas.

Al oír dar esta orden, los labios de Fritz se agitaron convulsivamente sin poder articular una sola palabra.

— Si teneis algo que decirme todavía, despachaos, dijo el conde con altanería, porque yo tengo prisa.

— Entonces, ¿es bien de veras que vamos á batirnos?

— ¡Cómo! ¿Habeis dudado de ello?

— ¡Vos!... ¡un hombre honrado, un corazón leal, consentiriais en arriesgar vuestra vida con la de un miserable de mi especie!

— El odio, respondió el conde, sobrepuja en mí al desprecio.

El coronel soportó esta injuria, arrojada como se arroja un gargajo, sin pestañear, sin hacer el menor movimiento, y solo respondió:

— Por favor... señor conde... reflexionadlo bien... reflexionadlo.

— Os he dicho hace un momento que no os creía desprovisto de valor; pero, á la verdad, vuestra insistencia me daría lugar á pensar que teneis miedo.

— Miedo, sí, dijo en voz baja Fritz; pero ¡ah! no es de la muerte de lo que tengo miedo... la muerte me importa un bledo, añadió haciendo chasquear en el aire sus dedos. Eso no sería mas sino que habría un bribon menos en el mundo; pero la idea de ponerme en frente de vos y de veros presentar vuestro pecho leal á mi bala, me trastorna. Cuando uno está en frente de una pistola, la sangre corre con mayor violencia á pesar de uno; se olvidan las resoluciones y propósitos formados, y no se piensa, por natural instinto, mas que en apartar de sí el peligro que le amenaza. ¡Oh!... ¡si yo llegase á mataros!...

Y se enjugó su frente, nadando en sudor, con el revés de su mano.

— ¿Estais pronto, M. José?... preguntó el conde.

— Aguardad aun un minuto... nada mas que un minuto, por favor. Vos quereis que yo desaparezca, y comprendo ese deseo; estais en vuestro derecho, lo conozco, y me someto á él sin segunda intención. ¿Quereis que yo me expatrie? pues me expatriaré; iré á donde me digais que vaya. Si creeis que estoy demasiado cerca de vos en el mismo continente, pondré el mar en medio de nosotros. Me haré cazador en América, buscador de oro en Australia; no volveréis á oír hablar de mí en la vida.

— Está visto, dijo M. de Puysaie encogiéndose de hombros: sois un cobarde.

— ¿Quereis absolutamente que muera? continuó Fritz con mayor vehemencia; ¿os es indispensable mi sangre para ahogar en ella vuestro justo resentimiento? Pues bien, yo derramaré mi sangre, yo mismo me mataré, os doy mi palabra de honor de hacerlo como digo; pero no me forceis á ser un asesino.

— Decís que me dais vuestra palabra de honor, replicó el conde con el mayor desprecio; pero vos sabeis bien, mejor que nadie, que no teneis derecho para hablar de honor.

El coronel quiso continuar, pero Loredano lo detuvo con un ademán imperativo y exclamó:

— ¡Basta! no me convencereis. Hagamos lo último que nos queda que hacer.

Y llamó á M. José, que se había alejado á alguna distancia por discrecion.

Toinon se puso á medir la distancia haciendo los pasos todo lo mas largo que podía.

Fijados los pasos, M. José echó una moneda al aire para designar por su medio los puestos que debia ocupar cada uno de los adversarios.

En seguida midió con una escrupulosidad minuciosa las cargas de las pistolas y las cargó.

Eran dos armas magníficas, dos pistolas de precision compradas aquella misma mañana en casa de Devisme.

Impasibles en lo exterior, el conde y Fritz presenciaban todos estos preparativos preliminares.

Pero aquella impasibilidad, real y verdadera por parte del conde, no era sino aparente en Fritz.

Se conocía esto en la contracción nerviosa é involuntaria de las facciones de su rostro.

Había una terrible lucha en el fondo de su alma. Empezaba á despertarse en él el instinto de la conservación. Temía no tener fuerza bastante para sostener hasta el fin la resolución que había tomado la víspera.

Ahora ya no estaba pálido, sino lívido.

Las armas estaban preparadas. M. José, colocándose entre los dos adversarios, presentó á cada uno de ellos su pistola.

Uno y otro se dirigieron lentamente al puesto que la suerte les había designado, y se colocaron en él con el pecho al solapado y las cabezas levantadas.

M. José dió la señal, y las dos pistolas se bajaron.

Fritz quiso tentar una prueba última para vencer la inflexibilidad del conde.

Entonces se oyó una detonación, que repitieron los ecos de las colinas inmediatas, y el coronel se estremeció.

Loredano había apuntado bien: su bala, al pasar, había rozado la mejilla de Fritz; si hubiese pasado uno ó dos centímetros mas hacia la izquierda, hubiera dejado de existir.

Este, en lugar de responder al ataque, levantó con la mayor serenidad su pistola y disparó al aire.

El conde de Puysaie, frunciendo el entrecejo, le dijo irónicamente:

— Sois muy generoso. Haceis mal, os lo advierto, porque os juro que por mi parte yo no lo seré; y añadió: M. José, volved á cargar las pistolas.

Y cruzándose los brazos sobre el pecho, esperó.

— Pero... empezó á decir el doctor Toinon, que, alentado por la acción de Fritz, queria hacer algunas observaciones.

Loredano no le dejó continuar; hizo un ademán tan imperativo, que intimidó al pobre doctor y le cortó la palabra. Y dirigiéndose á M. José, le volvió á decir con tono enérgico:

— Volved á cargar las armas.

El coronel no estaba ya lívido, estaba verde.

Esta vez tenía miedo.

Miedo físico y material, que su razón trataba en vano de dominar.

Habían desaparecido todas sus resoluciones del día anterior: ya no queria morir. Era menester matar para no ser muerto.

Al fin y al cabo él había hecho todo lo posible, todo lo que por su parte humanamente le era posible hacer.

Le había ofrecido por dos veces su vida á su adversario. Loredano no había querido aceptarla; tanto peor para él.

Esto pasaba en el mismo momento en que Liliás, arrodillada en la iglesia, rogaba por aquellos que estaban en peligro de muerte.

Salido el sol completamente de su lecho de niebla, brillaba con refulgente claridad en el azul puro del cielo, y trasformaba con sus resplandores la vasta superficie brumosa en un mar inmenso de oro, de plata y de púrpura.

El aire era vivo y fresco, y parecia como que se veía brotar la sávia en las ramas de los árboles.

Los pajarillos posados en las copas de los árboles gorjeaban y hacían sus trinos para saludar al astro bienhechor que les traía el calor y la luz, y preludiaban con sus alegres cantos la aurora de la estación de sus amores y sus nidos.

Y cierto, en mañanas semejantes es cuando se siente la dicha de vivir y la atracción á la vida.

Y en uno de estos arranques y desesperadas emociones, el coronel, con los dientes apretados y las narices dilatadas, se dijo á si mismo:

— No, no quiero morir.

Ya no estaba verde, sino encendido como la grana.

La sangre había refluído á borbotones á sus sienas y cerebro.

Y todo lo veía de color de sangre.

Cogió con mano convulsiva la pistola que le tendía de

nuevo M. José; pero en cuanto su mano empuñó la culata, le pareció que se trasformaba en mármol; su mirada extrañada se hizo fija, y aparecieron visibles en su cuello y frente gruesas venas azules.

Estuvo apuntando mucho tiempo con el fin de dar lugar á que su pulso se serenase y afirmase y fuese mas segura su puntería.

Dos detonaciones vinieron á interrumpir el silencio, tan seguidas la una de la otra, que sus ecos casi se confundieron en uno mismo.

La bala del conde habia sido la primera en herir, y Fritz, medio trastornado, disparó tambien esta vez al aire, aunque involuntariamente.

El plomo le habia atravesado de parte á parte el pecho, y yacia en tierra enrojeciendo la verde alfombra del suelo con la sangre que le salia á borbotones por la doble boca de su herida.

— Vámonos, dijo el conde sin dirigirle siquiera una mirada.

Fritz, dando un ronco gemido, trató de levantarse y agitó los brazos desesperadamente como para llamarle.

El conde se volvió.

El coronel hacia vanos y desesperados esfuerzos para desbrocharse su levita, en cuya operacion le ayudaba Toinon, arrodillado á su lado para tratar de hacerle una primera cura.

Vióse caer del pecho del coronel un pliego arrugado y manchado de sangre, en cuyo sobre se leia el nombre del conde de Puysaie.

— ¿Para mí? preguntó Loredano admirado.

Y el coronel, inclinando su cabeza, respondió con el gesto y con la voz:

— Para vos.

Tal vez habria querido decir alguna cosa mas, pero se vió acometido por un vómito de sangre, y dando un profundo suspiro, volvió á dejarse caer sobre la yerba.

Al principio Loredano quiso rechazar la carta que el doctor Toinon le alargaba, pero el moribundo le dirigió una mirada tan suplicante, que el conde se sintió conmovido hasta la médula de los huesos.

La tomó y rompió el sobre.

Con una rápida mirada la leyó, y enterado de lo que contenia este testamento de muerte que conocen ya nuestros lectores, acercándose al coronel Fritz le dijo:

— Será ejecutado lo que deseáis.

Fritz trató de hacer un esfuerzo supremo: movió sus labios sin poder hablar, y volvió á dirigir de nuevo una mirada en que iba expresado todo su agradecimiento á aquel hombre á quien deseaba matar unos momentos antes.

Le fué imposible el hablar; solo se oyó un ruido sordo salir de su garganta, y, rendido por los esfuerzos que habia hecho, se desvaneció.

— Vámonos, volvió á repetir el conde á M. José.

Este, dirigiéndose al doctor Toinon, le prometió enviarle socorro tan luego como llegasen á donde estaban los coches, esperando á la subida de la cuesta.

El conde de Puysaie caminaba silenciosamente, agarrado al brazo de su jóven amigo.

Un sombrío velo de tristeza empañaba su frente, y al bajar la rápida pendiente que habian subido hacia algunos momentos, dió á conocer á M. José el secreto de sus íntimos pensamientos por medio de estas palabras:

— Ese hombre era un grandísimo miserable, pero... era un hombre...

La misa de la iglesia de la Magdalena se habia concluido, y Cipriana, Hortensia y Liliás se habian vuelto á casa con sus frentes sombreadas con la cruz hecha por el sacerdote con la simbólica y mística ceniza.

A medida que se acercaba el momento en que ellas esperaban llegar á conocer el resultado de aquel fatal duelo, sus almas se sentian mas angustiadas y sobrecogidas.

¿Quién seria el que volveria? ¿El coronel ó Loredano? y aun ¿volveria alguno de ellos?

Cada vez que oian el ruido de algun coche, se precipitaban á la ventana.

Liliás ignoraba la causa de aquellas angustias y desasosiego de que ella misma participaba tambien, y sus miradas se fijaban alternativamente en la «jóven mamá» y en la «señora vestida de negro.»

Se abrió por fin la puerta cochera, y Cipriana, que estaba apoyada sobre la ventana, no pudo reprimir un grito de alegría.

Loredano, su padre, volvia sano y salvo.

Venia solo, porque M. José habia vuelto al lugar donde se verificó el duelo, para ayudar á Toinon á curar á Fritz en caso necesario.

El conde, sin pronunciar una palabra, se fué derecho á Liliás, y tomándola en sus brazos, le dió un beso, diciendo despacito:

— ¡Pobre niña!

En seguida, pero sin hablar una palabra, abrazó á su mujer y á Cipriana.

Y como las miradas de estas manifestaban deseos de tener una explicacion mas completa:

— Queda hecha justicia, dijo.

Despues, dando á Hortensia y á Liliás dos cartas manchadas de sangre, añadió:

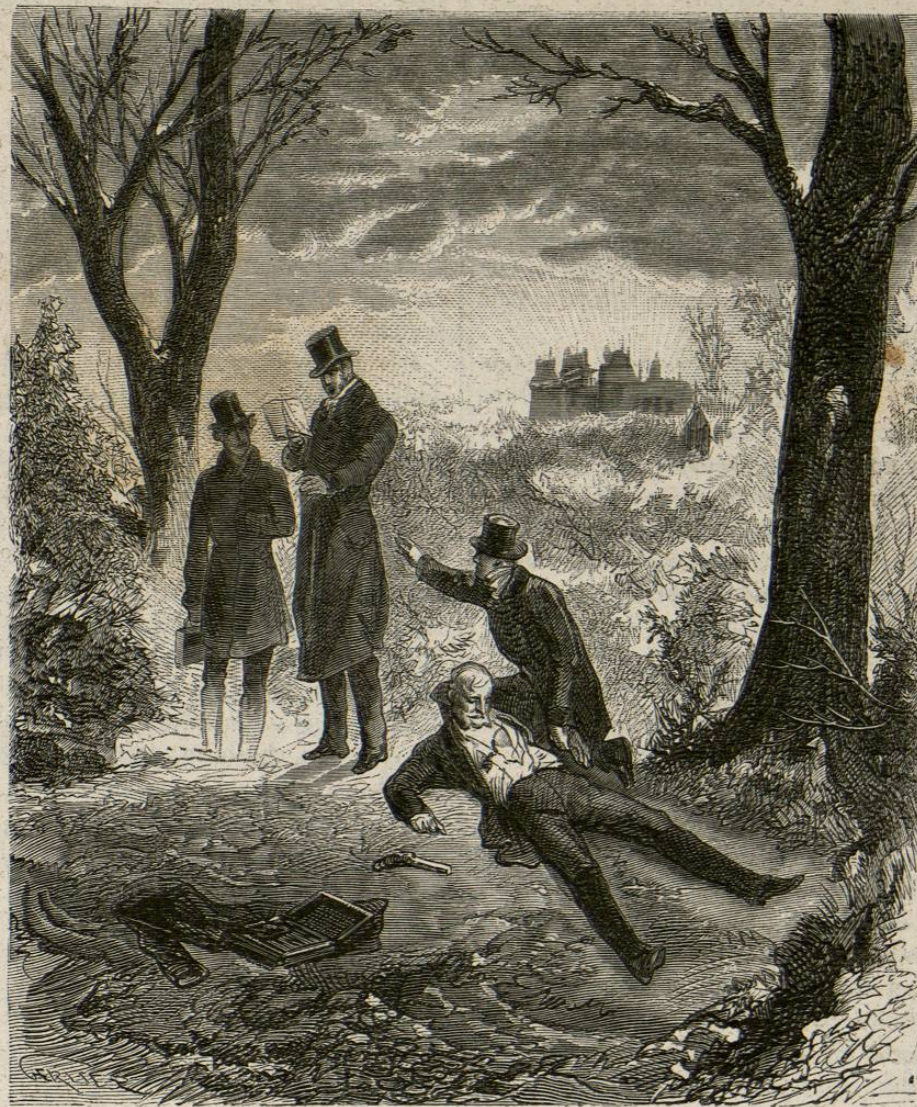
— Era un gran culpable... pero yo no me siento ni con la fuerza ni con el derecho de privarle de los abrazos de su hija.

En aquel momento se volvió á oír el ruido de otro coche en el patio enlosado de la casa. Era M. José de la Cruz que volvia despues de haber acompañado al doctor Toinon y al coronel, medio muerto, á la morada de este último.

— Aquí tenéis, dijo M. José al conde entregándole un papel, las señas que me habiais pedido.

En este papel estaba escrito: «Fritz, calle de Maçons-Sorbonne.»

— Era para vos, señora, dijo á Hortensia el conde, para quien yo habia pedido estas señas. Obrad segun os dicte vuestra conciencia.



La tomó y rompió el sobre.

XLII

EL REVERSO DE UNA VIDA DORADA.

Nos hallamos en un cuarto pequeño y de triste apariencia en el barrio de la Sorbona.

El piso no está entarimado, sino cubierto con ladrillos negruzcos, desiguales y hundidos en muchas partes.

Tampoco hay chimenea, sino una pequeña estufa, sobre la que está colocada una cafetera llena de agua.

Tres sillas de paja, una mesa de madera de pino, una có-

moda vieja y un catre de cerezo con un jergón y un colchón bien escaso de lana, es de lo que se compone la cama y completa todo el mueblaje del cuarto.

Es una verdadera bohardilla en toda su fealdad y desnudez; aquella bohardilla celebrada por Beranger en la que dice que se está tan bien cuando uno tiene veinte años.

El coronel Fritz debía encontrar que se estaba allí muy mal á los cuarenta.

Este desvan era, en efecto, el cuarto en que él vivia.

Por un contraste singular, que explica desde luego á primera vista la doble existencia de este aventurero del gran mundo, se veian sobre la mesa y sobre un estante formado con tablas ordinarias, algunos objetos de gran lujo y elegancia.

Al lado de una jofaina rota y de una jarra sin asa, veíase abierta una gran caja-tocador con todos sus enseres de plata cincelada, sobre los que reflejaba su rojiza luz una